

POR LA AUTORA DEL BESTSELLER INTERNACIONAL *EL JARDÍN DE LAS MARIPOSAS*

DOT HUTCHISON

PELIGRO

PROFUNDO

HICIERON ALGO TERRIBLE. UN VIGILANTE ANÓNIMO LES HARÁ PAGAR POR ELLO.

 Planeta

DOT HUTCHISON

PELIGRO PROFUNDO

Traducción de Graciela N. Romero

Título original: *Deadly Waters*

© Dot Hutchison, 2020

© por la traducción, Graciela N. Romero, 2022

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2022

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2022

España es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2022

ISBN: 978-84-08-25837-7

Depósito legal: B. 5.681-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

De pequeña, mi abuela juraba que las luciérnagas sabían cuándo se aproximaba una tormenta. Cuantas más luciérnagas había, cuanto más parpadeaban y brillaban, peor iba a ser la tormenta. Nunca supe si de verdad lo creía o si solo disfrutaba contándomelo.

Lo cierto es que se pueden creer cosas peores.

Ahora me cuesta dejar de pensar en lo mismo: mi abuela meciéndose despacio en su porche trasero, rodeada por una nube de humo, mientras se fumaba sus dos cajetillas diarias y me pedía con la voz quebradiza que contara las luciérnagas en las tardes húmedas del verano. Esta noche habrá tormenta, un chaparrón, de acuerdo con mi teléfono, y el aire está cargado de humedad y luciérnagas; una primavera más cálida de lo normal ha adelantado su llegada este año.

Cojo aire y siento cómo la densa humedad se desliza hasta mis pulmones. La ropa empapada de sudor se me pega al cuerpo con una sensación desagradable. A juzgar por esta primavera, se avecina un verano largo y de lo más caluroso. A estas horas de la noche, el área de descanso está desierta; estamos demasiado cerca del pueblo para que los viajeros decidan hacer una parada, e incluso los

camioneros prefieren seguir por otra ruta. Puede que la mayoría esté una o dos salidas al sur, en el Café Risqué, y se acerquen aquí de madrugada en busca de prostitutas, que saben dónde pueden esperar blancos fáciles. Pero da la casualidad de que ahora hay un coche en el aparcamiento, uno deportivo de dos puertas que parece demasiado caro para estar aquí.

Está aparcado a buena distancia de los edificios, donde no lo alcanza la tenue luz amarilla de las farolas. Hay un par de luces más pequeñas a intervalos para que la gente vea los pabellones y sepa que el espacio con hierba para pícnicos queda interrumpido por el hormigón y la madera en ciertas partes, aunque no deben usarse por las tardes. Esas luces están ahí para señalar, no para iluminar. Por suerte para mí (y por desgracia para la seguridad en general), eso también significa que los pabellones no tienen cámaras de seguridad.

Me apoyo en el poste de madera y observo el bosque que hay más allá del aparcamiento. Esta área de descanso se construyó cerca de la cima de una montaña, pero no en lo profundo del bosque; un canal los separa. Hay carteles por todas partes que advierten que no hay que adentrarse en el bosque, ya que la visibilidad es escasa y el terreno, irregular. Algunos letreros tienen una frase añadida debajo: CUIDADO CON LOS CAIMANES.

—Recuérdame por qué estamos aquí.

Me doy la vuelta hacia la voz y veo al chico ebrio tambaleándose por el camino. Al parecer, le cuesta un esfuerzo extraordinario mantenerse relativamente erguido. Pero claro, ya estaba superborracho antes de ir a buscarlo con una botella de vodka barato.

—Aún nos falta un tramo en coche, cielo —le respondo—. Dijiste que necesitabas hacer una parada.

—Sí. —Me mira confundido bajo la luz de la luna, entre las sombras—. Sí, necesito mear. Pero ¿por qué hemos bajado hasta aquí?

—Los baños están cerrados por mantenimiento. —Señalo hacia el bosque con un movimiento de la mano—. Eres un hombre. Te las puedes apañar con el plan B.

—¡Claro que sí! ¡A mear en el bosque se ha dicho! —Casi parece que se esté animando. Podría ser gracioso, pero sobre todo es triste; esta es la mejor conversación que he tenido con él.

Jordan avanza con torpeza. Cuando el camino se convierte en un montón de hierba entre el fango, se resbala, cae a cuatro patas y se echa a reír.

—Mierda, se me va a llenar todo de barro. ¿Te importa?

—Creo que podremos lavártelo en mi casa —respondo.

—¿No quieres hacerlo ahora mismo?

—¿Que si quiero meterme en la boca barro y pis? Pues no, la verdad. Vamos, cielo, haz lo que tengas que hacer en los árboles y así podremos seguir con el resto de la noche.

Se vuelve a reír, pero se levanta y se adentra tambaleándose en el bosque, más allá de la arboleda, hasta perderse en las sombras. Cerca del suelo, unas luces rojizas demoniacas se reflejan en lo que parecen unos ojos, desaparecen y vuelven a aparecer. Entre el crujido de los pasos de Jordan y el quebrar de las ramitas logro escuchar un profundo croar, grillos cantarines y, de vez en cuando, el sonido de un coche que se dirige al otro lado de la colina por la carretera. En este silencio relativo, el ruido que hace su cinturón es sorprendentemente estridente.

Por suerte, un trueno que estalla sobre nosotros ahoga el sonido de su orina y hace que mi cuerpo vibre con tal fuerza que siento un cosquilleo que me recorre los dedos de los pies dentro de mis zapatillas. Aún queda tiempo antes de que rompa a llover; las nubes aún se concentran en el sudoeste y tardarán en llegar a cubrir el cielo.

De pronto se oye un gruñido apagado, el crujido de un hueso al romperse y un grito aterrado y lleno de dolor. Tras sacar la pequeña linterna de mi bolsillo, la enciendo y la apunto hacia los árboles. El alcance de la luz solo me permite ver a Jordan cayendo al suelo y el centelleo bermejo de un par de ojos. El caimán se mueve pesadamente hacia atrás, llevándose a Jordan hasta que lo pierdo de vista. Sus gritos son entrecortados y tensos, pues el alcohol y el susto atenúan su reacción.

Por lo general, la gente no corre mucho peligro con los caimanes; esos bichos de cuatro patas nos tienen por lo menos tanto miedo como nosotros a ellos. Hay más probabilidades de que a los humanos nos muerda un tiburón que un caimán. Pero es abril y los caimanes están más animados y hambrientos, ya que se acerca la temporada de apareamiento y se les ha comenzado a quitar el sopor de los meses de invierno. El año pasado también hubo problemas con ellos en el canal, pero en invierno la gente se convenció de que el peligro había pasado.

Por regla general, la gente no es muy inteligente, que digamos.

Más gruñidos y unos cuantos bramidos se unen al coro de gritos de Jordan, hasta que un repugnante sonido seco seguido de un chapoteo acaba con los alaridos. ¿Y si Jordan se ha golpeado la cabeza con una roca? Ni de broma

voy a ir a averiguarlo. Además de haber resultado muy calurosa, la primavera también ha sido húmeda; días y días de lluvia que mantienen la humedad por las nubes y hacen aflorar los nervios de algunos meteorólogos al pensar en la temporada de huracanes. El agua del canal debe de ser lo bastante profunda para que los caimanes puedan dejar el cuerpo de Jordan pudriéndose ahí un buen tiempo.

Dato curioso: estos animales pueden morder pero no masticar. Dejan que el agua descomponga la comida hasta que esté lo bastante tierna como para poder arrancarle pedazos y tragárselos enteros.

Mantengo la linterna fija en el punto en el que Jordan ha desaparecido, y no porque crea que sirve para alejar a los bichos, sino para poder ver si vienen hacia mí. Pero la luz no revela el reflejo de ningún ojo ni logro ver escamas. Es probable que pueda moverme sin peligro.

Me alejo del poste, y mientras me dirijo hacia el camino principal, me tropiezo con algo en el suelo: las llaves de Jordan.

He conducido yo hasta aquí porque él había bebido demasiado. Como medimos más o menos lo mismo, no ha hecho falta que ajustara el asiento ni los espejos, y me he ocupado de hacer desaparecer cualquier indicio de que he estado en el coche antes de devolverle las llaves. Llevo el pelo recogido en una gorra y, pese a lo tarde que es, el capó de los coches se calienta tanto que llega a quemar; puede que los guantes no sean el último grito pero son prácticos. En más de un sentido. Hasta me he llevado la botella de vodka en la mochila para deshacerme de ella más tarde, así ningún policía intrépido podrá descubrir quién compró esa marca en concreto durante los últimos días. Aunque

no serviría de mucho en la investigación; si bien la Universidad de Florida ya no está entre los diez campus con más fiestas, se sigue bebiendo mucho y esta botella es de las más baratas en la tienda.

Pero las llaves... Si se las devolví a Jordan, es por algo. Es importante que parezca que condujo él mismo hasta aquí. Incluso me he asegurado de aparcar peor que él. Y no ha sido tarea fácil. Suelen multarlo con frecuencia por ocupar dos plazas en los aparcamientos de la universidad porque es un imbécil al que le importa más su coche tremendamente caro que cualquier otra cosa. Por supuesto que esa no es una razón para matarlo, pero sin duda es un motivo para no tenerle piedad.

Recojo las llaves por el llavero para evitar que los dientes se marquen en los delgados guantes de piel. Supongo que podría lanzarlas al bosque con la esperanza de que parezca que se le cayeron del bolsillo durante el ataque. El problema con eso es lograr que su ubicación encaje con la ruta de la matanza, lo que implicaría acercarme al canal más de lo que quisiera. Hago sonar las llaves con las manos mientras valoro cada opción.

Tras un rato, vuelvo al coche y me detengo junto a la puerta del conductor como si acabara de bajarme y de cerrarla. Las llaves caen haciendo un sonido metálico sobre el asfalto y, con una patada casi accidental, terminan medio metidas bajo el coche. Al chico borracho se le cayeron sus llaves. Perfecto.

Tengo que contener el impulso de silbar mientras camino hacia el otro lado del aparcamiento, hasta la rampa que lleva a la carretera interestatal, a buena distancia de las cámaras situadas en el edificio principal. Espero a que pase un coche

solitario y luego cruzo corriendo los tres carriles hasta la cuneta. La suerte está de mi lado y no se acerca ningún coche por el sentido contrario, así que puedo atravesar el resto de los carriles sin detenerme. Cuando al fin llego al otro lado, protegida por las sombras del área de descanso, y aún fuera del alcance de las cámaras, me acuclillo y me quito la mochila.

Cuando me aceptaron en la universidad, mi padre y yo nos pusimos a sopesar los pros y contras de intentar comprar un coche. Mi beca cubre casi todos los gastos académicos, pero los coches son caros. Incluso uno destartado sería un gasto importante teniendo en cuenta las reparaciones, el mantenimiento y la gasolina. Al final decidimos que con la red de autobuses de Gainesville me sobraba, así que me compré una bici. Eso sí, no una cualquiera; la mía está diseñada para poder guardarse doblada, lo cual la convierte en una opción perfecta para estudiantes que disponen de poco espacio. Dos años y medio después, soy capaz de abrirla con los ojos cerrados.

En menos de cinco minutos pedaleo por el arcén hasta la próxima salida, que me lleva a los atajos que conducen a casa. Los truenos que estallan en el cielo me provocan un cosquilleo que me hace temblar. Cuando miro atrás, hacia el área de descanso desierta, noto el destello de un relámpago en una nube, un brillante resplandor rosa y lila, aunque más que los colores en sí, solo se aprecia su reminiscencia, y se desvanece tan rápido como las manchas solares que causa el sol a través de los párpados.

Es hermoso.

Mi abuela siempre contaba que las luciérnagas saben cuándo va a llover. Sé que no es verdad, pero en una noche como esta es fácil creerlo.